

de santidad, como el Padre Celestial es fuente inexhausta e infinita de santidad. Volver al mundo de las almas, la hermosura del plan primitivo del Creador. Y haciendo santos a los hombres, hacerlos felices aun en la tierra, con la felicidad de la paz de Dios...

Y por los hombres, hacer felices a los pueblos, y por los hombres y los pueblos, glorificar a Dios, con el **himno purísimo** de la santidad!

Inclinado sobre las páginas de la Historia, yo he temblado de emoción y mis ojos se llenaron de lágrimas al contemplar la obra de los sacerdotes santos.

No tenía que buscar esas páginas muy lejos. Es el origen mismo de nuestro pueblo mexicano el que me las presentaba.

Vasco de Quiroga, Motolinía, Julián Garcés, Juan de Zumárraga, Martín de Valencia... ¡Tantos...! ¡Tantos...! Y leía, que dejaban su patria, sus bienes, sus amigos... allá, muy lejos, detrás de los misteriosos mares, para venir aquí, a ser la luz de nuestro pueblo, a ser la sal de nuestra tierra. Y los contemplaba, luchando entre el dédalo de las numerosas lenguas de nuestras razas; y aprendiendo, cuando ya las canas nevaban sus augustas frentes, el alfabeto rudo o complicado de idiomas ignorados y semi-salvajes, para poder hablar a nuestros indios de Jesucristo, de la vida futura, de la virtud y del honor. Y les veía cruzando a pie descalzo, por los inextricables vericuetos de nuestras montañas y nuestros valles, padeciendo hambres y cansancio y desvelos y enfermedades, y pobreza y dolores, en busca siempre de esas almas queridas de nuestros indios, para purificarlas y preservarlas, como purifica y preserva la sal; para instruirlos y doctrinarlos, y arrancarlos de las tinieblas de la idolatría y el vicio, como el sol ilumina y destierra las tinieblas de la noche, que envuelven al mundo.

¡Oh, qué hermosos los pies de los que evangelizan la buena nueva, de los que evangelizan la paz! ¡Oh qué hermosa en su claridad la generación casta y pura!

Fueron ellos, ¡ellos! ¡los santos! ¡los sacerdotes! los que te sacaron, ¡oh patria mía! del abismo de la ignominia y del dolor sin límites.

Pero ¡qué terrible responsabilidad la del sacerdote pecador!

Si la sal pierde su sabor, ¿dónde habrá de recobrarlo? Si el faro pierde luz, ¿qué será del navegante que naufraga?